

la que también es más cara al pueblo cristiano. Si hemos de creer a Guillermo de Durando, es de origen español, pues así lo asegura en su *Rationale Divinorum Officiorum*, en que la atribuye a San Pedro de Meuzo. Las Cantigas de Alfonso el Sabio indican que en España fué uno de los países donde primero comenzó a usarse y, efectivamente, un concilio nacional del siglo XIV la impone como obligatoria al final de las Horas Canónicas *in laudem sanctae Virginis*.

Serían, pues, dos los santos que habían contribuido a su composición, ya que las últimas exclamaciones parece que habría sido San Bernardo quien las añadió en la visita a la catedral de Espira durante unas de sus legaciones apostólicas al Sacro Imperio Romano.

Es, sin duda alguna, una de las plegarias que mejor traducen las ternuras del corazón humano divinizado por la fe. Al ser modulada con la cantilena gregoriana, con la que fué ideada y con la que forma un todo homogéneo, se convierten todas las suplicas que encierra y especialmente las invocaciones finales en desahogos filiales del alma atribulada. Es la oración que brota espontánea, indecisa, en un principio, aérea y sutil, como vuelo raudo que penetra en la eternidad, el canto de la tribulación, el consuelo definitivo en el destierro, la esperanza que nunca desfallece, el canto que amortigua las añoranzas de la patria de la que se ve apartado el pecador a quien consuela la promesa segura del futuro goce del cielo. Por eso en muchos países fué considerada esta plegaria como el canto más a propósito para alivio de los agonizantes, e incluso hasta el siglo XVIII la cantaban para acompañar la ejecución de los reos condenados a la última pena, en el momento preciso de la ejecución, para endulzar las incer-

tidumbres y angustias de la hora suprema con el anuncio seguro de la asistencia de María en esos momentos decisivos. Ya lo cantó el primitivo poeta castellano:

*Nonne tan adonado e de vertut tanta
que a los enemigos segunda e espanta.
Non nos debe doler nin lengua nin garganta
que non digamos todos: "Salve Regina
[sancta"]*.

Tal vez era el canto que acompañaba las fatigas de los peregrinos que la aprendieron cabe el sepulcro del Apóstol Santiago y que contribuirían después a su difusión por toda Europa. Tal vez el haber sido compuesta para alegrar las duras fatigas de su peregrinación, explicaría la alusión repetida a las tristezas del destierro en el valle de lágrimas, pues camino de suspiros y penitencias era toda peregrinación medieval. Llena, texto y melodía de suave añoranza, sus ideas, sentimientos y expresiones han entrado en el tesoro de lo popular, de lo que todo el mundo entiende, sabe y siente.

* * *

Los libros corales antiguos contienen multitud de composiciones, variadas, delicadas, llenas de poesía y arte, independientes de las piezas aprovechadas para la Misa y el Oficio, y que han servido a los restauradores gregorianos para formar otras colecciones: los libros llamados *Variae Preces* y, sobre todo, el *Canctus Mariales*. Gracias a estas dos colecciones han llegado a conocerse monumentos insignes de la piedad antigua, en la que en interesante constatar, que se ha tratado con mayor esmero y complacencia a los Santos, según fué, más o menos íntima, la relación que sostuvieron con el Divino Redentor.

Y si esto es cierto de la piedad en general, más todavía se puede afirmar del arte